

Estado y sociedad en Colombia: constatación de un desajuste

Formalmente, Colombia es una sociedad institucional, pluralista, con posibilidad de alternación en el poder regida por unas autoridades civiles elegidas por votación popular y con un marco de funciones y limitaciones para las autoridades. Tiene un sistema constitucional regido por un estatuto que se cuenta entre los más antiguos del hemisferio, pues luego de la constitución de los Estados Unidos de Norteamérica, la colombiana, que data de 1886, es una de las más antiguas del continente. Ella ha recibido gran número de enmiendas o modificaciones parciales entre las cuales las esenciales son la de 1910, 1936, 1945, 1957, 1968 y 1986.

Paradójicamente, esta misma sociedad es centro de profundas contradicciones y desajustes y presenta unos terribles índices de criminalidad y de violencia; de allí la preocupación creciente para adecuar el marco institucional a las realidades.

Colombia, una sociedad con cambios acelerados

Colombia, al mismo tiempo que ha conservado sus formas civiles de gobierno posiblemente es el país que ha experimentado el mayor número de cambios económicos, sociales, culturales y demográficos en Latinoamérica durante los últimos decenios. En efecto, ha mantenido un índice ininterrumpido de crecimiento durante treinta años, que contrasta con las tasas económicas negativas de los otros estados de la región. El sector externo de la economía colombiana ha aumentado y se ha diversificado. Si, como punto de comparación para conservar los cambios en la sociedad colombiana, nos situamos en los albores del Frente Nacional, es decir en 1957 cuando se aprobó el plebiscito, y comparamos la situación de esta época con la presente, veremos

que las exportaciones pasaron de aproximadamente 700 millones de dólares a unos 5.000 millones. Además, el café, que llegó a representar más del 60% de las fuentes de divisas, ya no es el primer rubro de las exportaciones pues lo sobrepasan los minerales e hidrocarburos (oro, níquel, petróleo, carbón), con la ventaja para el Estado de que puede tener ingresos mayores que controla directamente por la índole de los contratos sobre petróleo, carbón y níquel. Además, han crecido sustancialmente otras exportaciones llamadas menores, como las de flores, bananos y otros frutos, con sus consecuencias positivas sobre los niveles de empleo y de ampliación de la frontera agrícola, como es el caso de Urabá.

Hace tres decenios el país era predominantemente rural. En el campo vivía el 70% de la población, mientras que ahora se invirtieron los términos y nos convertimos en un país urbano, con menos del 30% de la población en el campo, con cuatro ciudades de más de un millón de habitantes y más de 30 con población superior a 100.000. La migración masiva que se produjo en tan corto periodo, gravita fuertemente sobre la problemática del país en muchos aspectos. Así, en el terreno de la cultura, por el paso acelerado de una sociedad campesina a una urbana y moderna en el ámbito demográfico pues en las ciudades los índices de nacimientos se reducen, en las tasas de alfabetización y educación aumentan, porque en la ciudad es más fácil proveerlas y en lo referente a los servicios públicos, pues es sumamente difícil llevarlos a toda la población, al mismo ritmo del crecimiento vertiginoso de las ciudades. Por los cambios económicos, culturales y de urbanización, existe ya en el país una consistente clase media.

Los índices de analfabetismo se redujeron notablemente y, si en la época de formación del Frente Nacional, aproximadamente el 60% de la población era analfabeta, hoy esa cifra se ha reducido al 15%. La educación primaria prácticamente cubre a toda la población en edad escolar, la secundaria se extendió y la superior pasó de aproximadamente 17.000 estudiantes a finales de los años cincuenta a más de 400.000 hoy en día, lo cual ha producido secuelas impensables en épocas anteriores como es el actual desempleo profesional. Pero sobre todo, y este es un logro positivo del Frente Nacional, el sistema educativo no sólo se extendió sino que se volvió más laico y moderno. Por ejemplo, hace treinta años la coeducación, es decir, el hecho de que niños y niñas compartieran los mismos bancos en primaria y secundaria era anatematizada por la Iglesia. Hoy en día, como en cualquier país civilizado, ésta es la situación corriente desde la primaria hasta el sistema superior pues en todo el aparato educativo las mujeres participan en un cincuenta por ciento. Todo ello, por supuesto, ha aparejado notorios cambios en las costumbres.

La tasa de natalidad disminuyó enormemente hasta el punto de que a Colombia se la considera país piloto en ese sentido y todo ello por métodos persuasivos y, paradójicamente, en un medio social regido formalmente por una Iglesia Católica ampliamente mayoritaria, que en sus jerarquías se opone al control natal.

La conquista del territorio

El asentamiento demográfico del país también ha variado profundamente. A finales de los años cincuenta, la población colombiana se ubicaba fundamentalmente en las cordilleras, en los valles interandinos y una porción limitada, en las costas, especialmente en la atlántica, a la par que los llanos orientales eran casi inhabitados, como lo era la hoya del río Magdalena en su parte media. Por esta razón, el país era eminentemente andino, con regiones bastantate aisladas y dependiente para su comercio exterior del río Magdalena, hacia el cual convergían ferrocarriles y carreteras. Muy diferente es la situación de hoy en día. El país por fin está cubriendo su territorio tanto en lo interior como en las fronteras, por medio de importantes procesos de colonización. Tales son los casos de Urabá con su rica zona bananera y sus dehesas ganaderas, el Magdalena Medio, de apertura reciente y gran desarrollo, el pie de monte llanero, el Caquetá, el Putumayo y las colonizaciones del Arauca. Además, en zonas como la última nombrada, los hallazgos petrolíferos han modificado por completo el entorno para dar lugar a zonas florecientes. La región de la costa atlántica ha sido una de las de más amplio desarrollo en lo demográfico, cultural y económico, con mejoras en la ganadería y la agricultura y por servir como sede de los más grandes proyectos económicos del país, tales como El Cerrejón y otros proyectos carboníferos, Cerromatoso y, en un futuro próximo, la represa de Urrá. Esa situación de crecimiento y cubrimiento territorial, en la medida en que disminuye la preponderancia andina, nos impone cada vez más una dimensión internacional, especialmente hacia el Caribe. Por ello, no es casual que a partir de la visionaria política exterior del presidente Alfonso López Michelsen, Colombia hubiese emprendido la delimitación de sus áreas marinas y submarinas, con lo cual hemos clarificado y duplicado nuestro territorio y hemos llegado a ser limítrofes de los estados del Caribe y de los países centroamericanos.

Al observar ese cubrimiento territorial y la situación actual de violencia, es imposible desligar lo uno de lo otro. Como bien lo anotó la comisión de expertos sobre la violencia, en su informe al Gobierno Nacional, la violencia colombiana es preponderantemente producto de la delincuencia común y aproximadamente en un diez por ciento de contenido político. Pues bien, lo que puede observarse a este respecto es que la violencia de uno u otro signo, se presenta más agudamente en las zonas ricas y no en las de mayor pobreza. El centro de la violencia no está en el Chocó o en la costa pacífica, que son las zonas más pobres del país, pero sí se ubica con su aterradora realidad en las ciudades que tienen un mayor ingreso, como Medellín o Cali, y en las regiones agrícolas de colonización, que por lo demás, son zonas ricas. Tales son los casos de Urabá, Magdalena Medio, Caquetá, Futumayo, Arauca, que ya hemos nombrado dentro del mapa de cubrimiento territorial. A las zonas de colonización, llegan primero el colono y su familia para descuajar la selva y vender las mejoras. Y luego vienen las otras olas migratorias con su secuela de necesidades y problemas. Por último, mucho tiempo después llega el Estado con autoridades y servicios.

Y como mediador de conflictos y legalizador de la propiedad. Por ello es necesario, al analizar el desajuste actual entre Estado y sociedad, tener en cuenta este proceso reciente y contradictorio de colonización, riqueza y violencia. Es imposible salir al encuentro de los masivos procesos de colonización, de su peculiar problemática social y de sus formas particulares de propiedad, con el código de Andrés Bello y su concepción sobre la sociedad. Este desajuste se agrega a otros más como el producido por la modernización con sus profundos cambios y por las necesidades insatisfechas en el terreno de los servicios públicos y de la seguridad social para masas que en muy poco tiempo migraron del campo a los conglomerados urbanos.

Entró en crisis la ética religiosa y no ha surgido una ética laica

En Colombia, la cuestión religiosa fue tal vez la única línea demarcatoria entre los partidos liberal y el conservador, por lo menos durante el siglo XIX y algunos decenios del presente. En un país en el que la mayoría de la población dice profesar la religión católica no se trataba de abolirla por parte de los liberales como en la propaganda política se decía, sino que se trataba de un asunto de modernización del Estado, es decir, de permitir que en Colombia, al igual que acontecía en el mundo moderno, el Estado pudiera reclamar para sí los atributos propios y desligarse de la concepción y la práctica teocráticas que informaron la cultura política de Occidente, hasta la ruptura generada a partir del Renacimiento. Impuesta la Constitución de 1886 y su corolario, el concordato del año siguiente, a la Iglesia Católica se le otorgaron una serie de prerrogativas, especialmente con respecto a la enseñanza y al estado civil de las personas, desde su registro de nacimiento, pasando por el matrimonio y concluyendo con la partida de defunción y en los cementerios que le fueron adjudicados. Esta situación se enmendó en parte con la reforma constitucional de 1936, por lo cual se dijo que la reforma le había quebrado una vértebra a la Constitución de 1886. En los años cincuenta, hubo un tremendo retroceso en éste como en muchos otros aspectos y al plebiscito de 1957, volvió a consagrar algunas de las fórmulas abolidas en 1936.

Lo cierto es que con la práctica del Frente Nacional, sin traumatismos, el país dio un paso en el camino de la laicización. Debido a los profundos cambios económicos, sociales y culturales a que hemos venido aludiendo, y debido también a la circunstancia particular del Frente Nacional que garantizaba la alternación y la repartición burocrática igualitaria entre los dos partidos, la Iglesia Católica que tradicionalmente había militado activamente en las toldas del Partido Conservador fue perdiendo beligerancia y disminuyendo su protagonismo electoral. Por la misma época, en la Iglesia Católica mundial se dieron unas profundas transformaciones modernizantes, que se